EL PORVENIR DEL MUNDO

SIN LA ESCUELA CATOLICA

EN UNA REPARTICIÓN DE PREMIOS. - - - -

SEÑORES:

NI mis oyentes de costumbre ni mis viejos lectores habrán de extrañar que, áun aquí, en una fiesta íntima de honorables familias, traiga el tema, no sé si más importante que desdeñado, el tema que predicaré con toda mi alma y en toda mi vida, el que nos impone la lógica de nuestros inmensos peligros, el que presenta la Historia ante nuestros ojos doquiera que, con sabiduría, los volvamos; el que nos reclama Dios con sus voces amables de Padre, y sus voces solemnes de Señor y de Juez: el gran tema de la lucha social en nuestra Patria.

Yo sé que en esto rompo con las leyes de la tribuna, porque se me ha invitado á pronunciar un discurso de fiesta infantil, uno de esos discursos que tienen su olorcillo de opopónax, que traen un ramito de flores de sombra para el ojal de los trajes que estrenan los niños cuando vienen á ceñirse con los primeros honores de la vida; lo sé; pero yo no puedo tener melodías en el espíritu cuando veo desgranarse el edificio cristiano de mi patria y, con él, el edificio social nuestro, y con ambos, el alma nacional, la raza, la patria misma; yo no puedo entonar una cántiga de verjel cuando se levanta del corazón y de mi pensamiento un

"¡alerta!" de terror ni entregarme á los sueños del oasis irisados con los celajes del opio, cuando ruge á nuestras espaldas, azotándonos con sus olas ardientes de arena, el simoun de las sectas sociales, triunfantes en medio de un siglo que ha sido todo suyo, de un siglo inquieto y falso, brillante y mortífero como el azogue. No entiendo cómo el filósofo cristiano ha de buscar la barcarola de los versos de mirto y las músicas de las noches de luna, cuando la tempestad se desata, cuando el mar se abalanza á los cielos, y los navegantes, sin presumirlo siquiera, son presa ya de los abismos.

Y os diré más: diré que no alcanzo cómo puede hablarse en Méjico de fiestas escolares, sin sentir en todos los poros del alma el frío húmedo de la catacumba, sin experimentar el terror de lo porvenir y el remordimiento de lo presente.

Si me preguntáis por qué, os contestaré con una sola frase, que un día será la cabeza de nuestro proceso ante el tribunal de la Historia, ante el tribunal de la patria y ante el tribunal del Altísimo; os diré que pasan de ocho mil niños los inscritos aquí en las escuelas ateas; ocho mil niños que el paganismo nos arrebata y que nuestro egoísmo le entrega; ocho mil niños que representan casi toda la generación anual de la Metrópoli; que al cabo de algunos años representarán, con sus sucesores, en las aulas, toda la masa social que nosotros abandonamos á la podredumbre del alma, porque no somos, aunque lo digamos, hijos de aquéllos que vivieron en las catacumbas, y somos, aunque no lo digamos, la sección vergonzante, la parte fría y muerta de ese paganismo que pasea sus banderas triunfantes y canta su victoria al ver que, sin esfuerzo, se lleva de las familias cristianas lo mejor y más puro que tienen: los niños; y al ver llenarse sus templos con la corriente infantil caudalosísima que mana de los hogares católicos.

Ante este cuadro, que es el suicidio social, yo siento, no lo ocultaré por respetos humanos, siento vergüenza de mi raza, y vergüenza más honda aún de nuestro cristianismo que en la práctica, en los grandes hechos es una blasfemia; porque no conozco en la historia de las luchas sociales una debilidad comparable á la nuestra; porque al terminar la lucha política, nos hemos creído ya dispensados de todo combate, y ocupados asiduamente en la voraz satisfacción de nuestros apetitos, signo infalible de una sociedad en decadencia, hemos abandonado íntegramente el campo al ene-

migo, entregándole cuanto apetecía, y más aún de lo que anhelaba.

No ignoramos, porque el Señor ha puesto el instinto del abismo ahí donde ha puesto la noción del deber, el estrago imponderable que causa la escuela pagana; lo conocemos profundamente y hasta, por un sarcasmo de nuestra lógica religiosa, lo lamentamos; pero en vez de apresurarnos á contenerlo, en vez de apelar al sacrificio, que es la gran solución en todos los conflictos cristianos; en vez de proceder á levantar escuelas numerosas y bien organizadas; en vez de sacar de nuestra escarcela el óbolo de Dios, para sostener esos institutos, para levantar el dique poderoso que impide el derrame de almas á la sementera pagana; en vez de luchar con nuestros brazos, como han luchado los alemanes, puestos á prueba heroica en todo linaje de sufrimientos, privaciones, sacrificios, hasta vencer, como vencieron, después de que sus Obispos murieron en las cárceles, y sus Curas en el destierro, y sus fieles en atroces penalidades; en vez de luchar como han luchado los belgas hasta rendir á Satanás, y como luchan hoy los católicos sajones con lucha no indigna de las ardientes prédicas de San Pablo; en vez de combatir así, nos hemos cruzado de brazos y no los separamos sino para levantar al cielo las manos, desde nuestras mesas opíparas, desde nuestros placeres y nuestra conciencia irresponsable, y pedirle que, así como llovía el maná para alimentar á los hebreos en el desierto, llueva tesoros con que pagar escuelas en que los niños reciban el maná divino de la verdad.

Hé ahí asegurado el retorno del paganismo, y con él el estado terrible de una sociedad sin amor y sin paz. Sólo el cristianismo ha sido capaz de traer el amor á los pueblos, y sólo él ha sido capaz de hacerlo viviente, orgánico y fructífero en la sociedades; y, por lógica ineludible de la naturaleza y la justicia, el gran castigo que aguarda á estas sociedades egoístas es la retirada del amor, la sequía horrible de la caridad, la que abrasa ya al Viejo Continente, donde, así como las fieras bajan de los montes buscando presa y refrigerio, cuando la sequía de los cielos se prolonga, así el monstruo del anarquismo, bajando de las cátedras, de los parlamentos, de la enciclopedia, de la Revolución, brama ya en las plazas, y junto á los alcázares bajo los tronos de los soberanos.

Para persuadirnos de esta gran tesis, para que os demuestre el carácter urgentísimo de la escuela católica,

permitidme que dé una rápida ojeada al testamento de este siglo agonizante, cuyas postreras púrpuras tienen ya el odio de nuestra época.

Bajo el aparato de las prosperidades materiales que abrillantan la corteza de ese siglo hueco y caduco, el mundo se confiesa desgraciado. Las sociedades se hallan en una barca arrojada al océano de luz artificial, producida por la inteligencia humana en cuantas formas y manifestaciones son posibles á la razón magnífica del hombre. Las constelaciones de la industria, las de la ciencia, las del cultivo, las de las letras, la economía y la política se enlazan y multiplican á extremos de constituír una superficie deslumbradora, sin límites, un mar insondable cuyas ondas bañan las costas de todos los pueblos, aun aquéllos que parecían condenados á perpetua barbarie.

Todos los días, en todo momento, los cuatro ríos de inteligencia que riegan la redondez del globo, y que salen del cerebro del hombre, paraíso del pensamiento, desembocan en ese mar enriqueciéndolo con asombrosos caudales. Todos los días y en todo momento, al ver penetrar al océano cada onda nueva, al ver brotar en cada constelación una estrella más, parécenos que será la última chispa, la postrera molécula de un sol inconmensurable que ha dejado caerlas una por una desde el principio de los siglos. Pero ¡ah! que tras de una y otra onda de luz, tras una y otra maravillosa estrella vienen mil y otras mil, anunciándose con resplandores que asoman, con fuegos que cintilan desde las remotas lontananzas del futuro. El mar es ciertamente de luz, de luz tan fulgurante que se dejaría ver desde los más lejanos astros, si existieran en ellos telescopios para divisar la inteligencia y sus portentosos productos. Las sociedades están dentro de la barca que flota en ese mar esplendoroso; pero en medio de tanta luz y tanta riqueza las sociedades se hallan atribuladas porque les faltan los remos y el timón para gobernar su nave y caminar á sus destinos. En medio de tanta luz y de tanta constelación, las sociedades han perdido la estrella polar; la brújula se muestra rebelde á las leyes del magnetismo; los pueblos ven allá, en los horizontes dilatados, condensarse las más negras y pesadas nubes de que tiene recuerdo la historia; ven á Eolo disponiéndose á abrir la caverna en que tiene enfrenados los huracanes para arrojarlos enfurecidos; ven el más impaciente y colérico relámpago, señor de las borrascas, luchando por des-

ligarse de los dedos de Júpiter para desprenderse sobre el centro de la tierra y desgranarla en el vacío; ven á la tempestad abrir y levantar sus alas de bronce, formidables y pavorosas para azotar con ellas el cimiento de todo lo social, de todo lo poderoso, de todo lo justo, de todo lo construído; y cuanto hay luz ante los ojos de los pueblos, hay sombras y terror en sus corazones, y cuanto hay admiración por sus propias obras, hay pavura por sus propios peligros y lágrimas por sus propias, por sus insondables desgracias.

Europa se arma como un castillo feudal en los tiempos de conquista. Cada país ha cargado el cañón hasta la boca, y permanece con el brazo extendido y el fuego á dos líneas de la espoleta; y mientras se levanta la segunda Torre de Babel, para contemplar desde ella la hermosura de la segunda Babilonia, y divisar desde su eminencia en el horizonte los fuertes de la Triple Alianza, el nihilista y el comunero cavan el subterráneo que han de rellenar de dinamita para hacer volar en un instante toda esa grandeza, todas esas alturas que el orgullo ha acumulado y erigido para escalar el cielo ante el paganismo revolucionario.

El agio devorando con inclemencia feroz á los Estados; el capital avariento devorando con no menos impiedad á los miserables; la familia; la ambición de placer invadiendo como una fiebre á las masas; la opulencia escandalizando y provocando al pauperismo; el arte enseñando en el teatro y en la novela y en la filosofía el suicidio como solución de los problemas en la conciencia y circunstancias del hombre; la prostitución universal legando á las próximas generaciones un organismo impotente para desarrollarse y vivir; la llamada ciencia negando toda intervención de Dios en la conciencia, la familia, la ley y el Estado; el egoísmo por el placer y para el placer, presidiéndolo todo, basándolo todo; el cáliz del hastío apurado por la juventud; la demencia de todas las utopías cuyo fin sea el libertinaje trastorna todos los cerebros: tal es el cuadro del hombre moderno correspondiendo lógicamente al moderno Estado, que nos presenta á cada trono envidioso de su vecino, al león de la Bretaña, oprimiendo con garra de hierro el corazón de una santa y nobilísima Irlanda; Polonia presa de la fuerza bruta; la Triple Alianza soldando en silencio los eslabones de la cadena que ha de calzar al pueblo más grande pero más reflexivo del mundo; Italia oprimida por Giordano Bruno; Alemania minada por el socialismo; España oyendo el roce de escamas de la demagogia que se desliza á su derredor como una culebra; aquí un trono manchado con la sangre del suicida, allá otro con la del regicidio, el tesoro público absorbiendo el trabajo nacional para mantener cientos de miles de soldados que serán mañana pasto de buitres, para almacenar pólvora y fundir cañones; el hambre apoderándose de Europa y mientras las naciones sudamericanas muestran sus campos fecundos á las muchedumbres europeas, el coloso del Norte nos convoca á todos los hijos del mundo de Colón para cerrar á la industria, á la política, á la inteligencia del Viejo Continente las puertas de oro de la América.

Paganizada la filosofía y por ella el hombre y el hogar, el Estado ha corrido idéntica suerte, y así como el hombre moderno es gentil, las costumbres, el lenguaje, las tendencias, la fisonomía toda del Estado moderno es gentil igualmente; por manera que si observamos la política actual de la Europa, encontraremos en ella un retrato en extremo parecido de la política de los tiempos precristianos. La guerra sin más objeto que el exterminio, la politica sin más objeto que la guerra. Europa se apresta á las antiguas y bárbaras luchas, verdaderas conquistas de las fuerzas salvajes.

Darío, Alejandro, Artajerjes, levantando poderosas legiones para pasar á cuchillo los pueblos; los romanos llevando doquiera la conquista y la desolación; las tremendas represalias de los galos, el mar de sangre encharcada frente á los muros de Alba y junto al lago Pontino; el horrible degüello de trece mil romanos cerca de Arizo y el no menos horrible en la Galia cisalpina; la excursión de Brenno á Delfos; la ruina de Cartago; las formidables alianzas de los cimbrios, teutones y helvecios; las guerras desastrosas de los zuavos y belgas, armóricos, morinos y aquitanos; las incontables catástrofes de la Galia, desde la Frigia hasta la Transalpina; todas aquellas espantosas irrupciones del Norte sobre el Mediodia de Grecia, sobre el Asia y el Africa; de Roma sobre Grecia y sobre cuantos países alcanzaba á divisar su prodigiosa mirada de coloso; el cuadro, en fin, de odio, exterminio, matanza, que constituye la historia antigua, tal es, señores, la perspectiva que ofrece para tiempos quizá no lejanos, la actitud presente de todos los pueblos europeos. Volveremos á ver á los boyos talar con ira de tigres los territorios de Placencia y Cremona, á los descendientes de Beloveso y Sigoveso sembrar el espanto hasta

las extremidades de Oriente; volveremos á ver el orbe temblar bajo la espada de un Alejandro el Grande; Macedonia en poder de los bárbaros; á Sóstenes frente á Antigonio y á Antigonio frente á Pirro; á Mitriades degollando á los enemigos del Ponto y á Pompeyo degollando á Mitriades; la Liga Aquea y la Liga Etolia; volveremos á ver otra Chismara llevando la cabeza de un romano, cual presente para su esposo; y si no veremos más al Aníbal antiguo trasponer los montes sobre el elefante oriental para exterminar los pueblos en masa, veremos, sí, al Aníbal moderno sobre el elefante del siglo XIX, la locomotora, atravesar los Alpes, los Tauros, los Pirineos, para destrozar las ciudades y talar á raíz la civilización de los siglos y la lluvia divina del cristianismo. El hombre y el Estado igualmente preso de la desesperación, de la sed de dominio, de la pasión, de la venganza, del deseo de la sangre.

¿Por qué, señores, semejante estado de desventura, de fiebre, de demencia, en medio de aquel mar de luz caudalosísima y brillantísima? Porque tenemos industria, ciencias, artes, politica, todo, todo, menos algo que es el alma de la ventura, que es la médula de la felicidad, que es la semilla de la paz verdadera: el amor. Le falta al mundo la caridad, la Cruz, el Evangelio; le falta al hombre el amor al hombre, como á la familia el amor á la familia, como al Estado el amor al Estado. Falta la caridad, madre y dueña de las más altas glorias de los pueblos, como de las más íntimas venturas de los hogares; la caridad que nació en Belem y desde la Cruz del Calvario tendió sus alas blancas y luminosas por los espacios, dejando caer sobre la superficie del mundo el grano precioso de la paz, el grano único de la dicha del alma, de la concordia de los tronos, de la quietud de las naciones, de la estabilidad y eficacia del derecho, del mutuo bien y el mutuo respeto, de la alianza tácita y firme para la prosperidad y la sabiduría.

Los Bancos están llenos de oro, es cierto; pero la opulencia exige al hombre redimido con la sangre de Cristo que trabaje como la bestia, para como bestia remunerarlo. Los Parlamentos están llenos de sabios; pero exigen al hombre que derrame hasta la última gota de su sangre.

La industria está llena de fábricas; pero en ellas el obrero, á la vez que trama las conspiraciones socialistas para satisfacer la ambición y venganza del pobre, allí el obrero se venga de los damascos que teje, acumulando dinamita para volar el palacio que han de tapizar. Los Gabinetes

están formados por eminencias diplomáticas; pero su diplomacia tiene por principal objeto discernir el émbolo con que absorber hasta la última gota de los elementos de vida y de poder del vecino.

En todas partes muchas riquezas y mucho saber, pero en el centro de ellos, el vacío, la falta de amor, la ausencia pavorosa de la caridad, y, por lo tanto, la desesperación y la venganza.

Los pueblos más envidiables no han sido nunca ni los más ricos, ni los más poderosos, sino los más felices: y los más felices han sido aquéllos en que el hombre más ama al hombre, en que la familia más ama á la familia y el Estado ama más á la familia y al hombre como ésta y aquél aman más al Estado. En vano los filósofos, los estadistas y los políticos prolongarán sus vigilias para salvar á estas sociedades; en vano el cable nos participará mañana que la paz abriga esperanzas porque el Emperador alemán mostró en una entrevista el semblante tranquilo; en vano Francia querría conjurar la tempestad con el exorcismo de su industria en la grandiosa exhibición de su talento; en vano todos esos esfuerzos. El mundo sufre porque le falta amar, el hombre es desgraciado porque le falta caridad. Nunca se ha extirpado el daño, si las causas permanecen. Si, pues, el mundo y el hombre son infelices porque la caridad les falta, el hombre y el mundo no podrán salvarse sino por medio de la caridad.

Este rápido análisis del medio social presente pone de manifiesto la urgencia insuperable de la instrucción cristiana de la niñez, es decir, la urgencia insuperable de la escuela católica, único centro en que es posible esa enseñanza, amplia y eficazmente impartida.

León XIII que, aparte de su eminente carácter apostólico, es un sociólogo de primer orden, un filósofo, no inferior ciertamente á Orígenes ó á Tertuliano, un sabio que ha dominado con profunda mirada, no solamente los senos lóbregos de su siglo, sino el destino del género humano, lo dice: "Dios ha hecho las naciones "sanables." Ciertamente, señores; mas todo lo que ha podrido ya la revolución, podrido llegará al sepulcro y á la historia; y debo agregar que lo ha podrido casi todo. La sanidad de las naciones, la sanidad especialmente de la nuestra, no puede venir sino de la niñez, de la nueva floración, de la nueva alma, de las nuevas costumbres; en una palabra, de la escuela católica. Penetrémonos de la obligación suprema de

crearla, cueste el sacrificio que costare, porque esta cuestión encierra, como el problema de Hamlet, una disyuntiva de vida ó de muerte.

Pensar en que cumplimos adorando á Dios con los labios, recamando de flores los altares, erigiendo templos, mientras abandonamos á las llamas del paganismo los templos vivos del Espíritu Santo, es bajar los ojos para no ver las cimas altísimas del cristianismo, es protestar contra un precepto y un destino más santo, es tributar una adoración que llegará fría á los cielos, que el Señor no puede recibir, porque El quiere ante todo almas, las almas que costaron su sangre.

Si queréis saber cuánto Dios ama á los niños, recordad que en toda la vida de Jesús, llena á un tiempo mismo de austeridad y de caridad, sólo tuvo dos actos cariñosos: el uno cuando, dirigiéndose al príncipe de los apóstoles, le dijo: "Pedro, ¿me amas?" y el otro cuando impidiendo á la multitud que estorbara el paso á los niños, los sentó sobre sus sagradas rodillas y acariciando sus cabellos anunció que el que no se hiciera semejante á ellos no entraría en las moradas celestes.

A semejanza de aquel episodio tiernísimo y sublime, os acercaréis ahora, amados niños, á recibir de manos de vuestro Pastor, representante del Divino Maestro, un cariñoso recuerdo de vuestros afanes en las primeras luchas de la existencia. Yo os felicito con toda mi alma por haber tenido padres verdaderamente cristianos, padres que defienden vuestras almas confiadas por el Padre Universal á su solicitud y ternura.

Ellos, quizá á costa de economías dolorosas, luchan por daros la vida del espíritu que es la fe, después de haberos dado la vida del cuerpo. Hé aquí un título inolvidable para vuestro amor y respeto.

Bendecid á Dios que os escogió entre miles para ser hijos de tales familias, y venir como un sello de predestinación á un plantel iluminado con las luces del cielo.

El premio que vais á recibir es un honor que os compromete para toda la vida. Jamás olvidéis que lo recibís de manos sagradas. Si en las borrascas que os esperan vibra en alguna ocasión un relámpago que hiera vuestra fe, acordaos al punto que ha sido un sucesor de los apóstoles quien os dió los primeros alientos y las armas primeras en el sendero de la existencia.

Amad la ciencia que ennoblece el espíritu, porque es una misericordiosa participación de la divina presencia en las causas de los fenómenos; amad más aún á vuestros padres, y, más, inmensamente más á Aquél, por quien todo vive y todo nos encanta, Aquél que preside la vida y la felicidad universal, desde la paz serenísima de su poder y su sabiduría impenetrable, Aquél por quien mañana seréis, tales son mis votos, los sacerdotes de la honradez y el trabajo, la ventura de vuestros padres y la fuerza y el orgullo de vuestra patria.